





Mark Mazower

GOBERNAR EL MUNDO

Historia de una idea desde 1815

Traducción de
Daniel Esteban Sanzol



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN

Primera edición: mayo 2018
Título original: *Governing the world*

Publicado por:
Barlin Libros
Avda. Balears 61, 4º, 20
46023 (Valencia)

© 2012, Mark Mazower
All rights reserved
© de la traducción, 2018
Daniel Esteban Sanzol
© de la cubierta, 2018
Irene Bofill
© de esta edición, 2018
Barlin Project S.L.

BIC: HBG
ISBN: 978-84-946683-6-4
Depósito legal: V-973-2018

Impreso en España

editorial@barlinlibros.org
www.barlinlibros.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del copyright, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com / (91) 308 63 30 - (93) 272 04 45 licencias@cedro.org)

TABLA

INTRODUCCIÓN

11

I. LA ERA DEL INTERNACIONALISMO

PRÓLOGO: EL CONCIERTO EUROPEO (1815-1914)

27

1. BAJO EL SIGNO DE LO INTERNACIONAL

39

2. FRATERNIDAD

61

<i>El movimiento pacifista.....</i>	<i>61</i>
<i>Librecambio.....</i>	<i>68</i>
<i>La nacionalidad como internacionalismo.....</i>	<i>80</i>
<i>El comunismo.....</i>	<i>88</i>

3. EL IMPERIO DE LA LEY

101

<i>Los hombres de 1873 y las Normas de la guerra.....</i>	<i>103</i>
<i>El estándar de civilización.....</i>	<i>107</i>
<i>La causa de Cremer.....</i>	<i>120</i>

4. LA CIENCIA UNIFICADORA

137

<i>El Mundaneum de Otlet.....</i>	<i>149</i>
<i>Los límites de los expertos internacionales.....</i>	<i>155</i>
<i>Lenguaje universal.....</i>	<i>159</i>

5. LA SOCIEDAD DE NACIONES

163

<i>Las ambigüedades de Woodrow Wilson</i>	165
<i>El Imperio británico como liga de naciones</i>	177
<i>La retirada estadounidense</i>	188
<i>Estadistas y expertos</i>	193

6. LA BATALLA DE IDEOLOGÍAS

209

<i>Internacionalismo liberal</i>	210
<i>El lado oscuro del nacionalismo</i>	211
<i>Los derechos de las minorías</i>	215
<i>Raza y jerarquía</i>	219
<i>El sistema de mandatos</i>	222
<i>Internacionalismo comunista</i>	232
<i>El problema del internacionalismo</i>	241
<i>¿Qué hay de malo en el derecho internacional?</i>	248

II. GOBERNAR EL MUNDO A LA AMERICANA

7. «LA SOCIEDAD HA MUERTO. ¡VIVAN LAS NACIONES UNIDAS!»

253

<i>Rumbo a América</i>	253
<i>Atrayendo a los americanos</i>	257
<i>Las Naciones Unidas en guerra</i>	262

8. REALIDADES DE LA GUERRA FRÍA (1945-1949)

283

<i>La vida con las Naciones Unidas</i>	285
<i>Lejos de la jaula de monos</i>	292
<i>Federalismo mundial</i>	302
<i>La irrealidad del realismo</i>	309

9. EL SEGUNDO MUNDO... Y EL TERCERO

319

<i>Del segundo mundo al tercero</i>	319
<i>La descolonización</i>	326
<i>El auge de la Asamblea General</i>	331

10. EL DESARROLLO COMO AMBICIÓN (1949-1973)

353

<i>Los antecedentes al cuarto punto</i>	353
<i>Una temprana cooperación internacional</i>	361
<i>Hacia el Nuevo Orden Económico Internacional</i>	383

11. LOS ESTADOS UNIDOS EN LA OPOSICIÓN

389

<i>Contra el Nuevo Orden Económico Internacional</i>	396
<i>El auge de los derechos humanos y las ONG</i>	403
<i>La política medioambiental: el ocaso del internacionalismo</i>	422

12. EL AUTÉNTICO NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL

435

<i>«Una crisis puede ser terapéutica»</i>	440
<i>Organizando el comercio mundial</i>	454
<i>Globalización: a favor y en contra</i>	458
<i>¿De vuelta al desarrollo?</i>	462

13. LA LEY DE LA HUMANIDAD

477

<i>Hacia la intervención humanitaria</i>	480
<i>La Responsabilidad de Proteger</i>	488
<i>Persiguiendo a los infractores</i>	498

14. RESCOLDOS: DE LA CRISIS EUROPEA EN ADELANTE

509

<i>El sueño de Spinelli: la eterna vieja Europa</i>	509
<i>La mística del gobierno global</i>	519

NOTAS

535

INTRODUCCIÓN

Cuando en diciembre de 1988 el secretario general soviético Mijaíl Gorbachov tomó la palabra, de manera dramática, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas para anunciar una severa reducción unilateral del número de tropas apostadas a lo largo de las fronteras de la URSS, hizo un llamamiento en favor de un «nuevo orden mundial» en cuyo seno las diferencias ideológicas desaparecieran¹. Al verano siguiente, con Kuwait en manos de tropas iraquíes, le llegaría su turno al presidente de los EEUU George Bush. Este prometía su expulsión a manos de una coalición internacional liderada por Estados Unidos y pronosticaba:

«En estos tiempos turbulentos (...), puede cobrar forma un nuevo orden mundial: una nueva era, más libre de la amenaza del terror, más tenaz en su búsqueda de la justicia y más segura en su camino hacia la paz. Una era en la que los países del mundo, de este a oeste y de norte a sur, logren prosperar y vivir en armonía. Un centenar de generaciones ha perseguido esta esquiva vía hacia la paz, al tiempo que miles de guerras se desataban a lo largo y ancho de la empresa humana. Hoy, ese nuevo mundo se debate por salir del cascarón».²

Lo que Bush y Gorbachov intuían, cada uno a su modo, como un momento de emancipación para las naciones del mundo, a otros les pareció, sin embargo, el comienzo de una tiranía universal. Desde hacía varias décadas circulaban sospechas, en el seno de la derecha cristiana, en torno a unas fuerzas ocultas que dirigían el destino del mundo. Ahora salían a la luz. En su

libro superventas de 1991 *The New World Order*, el telepredicador Pat Robertson alertaba a los americanos sobre el advenimiento del anticristo. Apenas unos años más tarde, aterrizaba con fuerza en las librerías un *thriller* de corte apocalíptico en el que el maligno, bajo el aspecto de un joven secretario general de las Naciones Unidas tan apuesto como elocuente y carismático, ocupaba un lugar preponderante. Por su parte, en la exitosa saga del reverendo Tim LaHaye *Dejados atrás*, un despiadado antihéroe de origen rumano llamado Nicolae Carpathia se hacía pasar por apóstol de la paz e intentaba hacer uso de la ONU con el fin de instaurar una dictadura mundial.³

Para otros críticos de la derecha, las palabras de Bush evocaban la obra, largo tiempo olvidada, que H. G. Wells escribiera en 1940: *New World Order* —libro en el que el novelista británico invitaba a una seria reflexión sobre cómo construir un futuro mejor tras la derrota del nazismo—. «Innumerables personas (...) encontrarán detestable el nuevo orden mundial (...) y morirán alzándose contra él», había escrito Wells. «No conviene pasar por alto la aflicción de toda una generación de insatisfechos». En la campaña presidencial del año 2000, el candidato derechista Pat Buchanan recordaría ese pasaje. «Pues bien, Sr. Wells —proclamó—, he aquí tus insatisfechos».

Buchanan profesaba un nacionalismo extremo, como sugiere el 0,4 % del voto popular que obtuvo en aquellas elecciones del 2000. Pese a ello, no andaba desencaminado en lo que se refiere al desplome del índice de popularidad estadounidense hacia las Naciones Unidas y otros organismos internacionales, ni en cuanto al injurioso trato que estos organismos recibían a la hora de debatir sobre su financiación en el Congreso. Durante su etapa en la presidencia, George Bush hijo guardaría, de manera enfática, el internacionalismo de su padre en un cajón. «Alabado sea Dios por la muerte de la ONU», escribía el neoconservador Richard Perle en marzo de 2003 mientras llovían bombas sobre Bagdad⁴. La caída de Saddam, predecía Perle no sin regodeo, sellaría no solo el fin de la tiranía como tal, sino el

de todo atisbo de esperanza respecto a un Nuevo Orden Mundial como la que había albergado Bush padre. En adelante, el potencial militar americano tendría vía libre para dominar el mundo sin verse estorbado por las muchas instituciones multilaterales que el país tanto había contribuido a engendrar.

Wells presentaba, en realidad, una humanidad vinculada a un Gobierno mundial, y su gran obra fantástica *El esquema de los tiempos futuros* proporcionaba su más elaborada muestra de prognosis acerca del tránsito hacia tal Gobierno. En ella, vislumbraba una Europa inmersa en un proceso de autodestrucción a causa de un conflicto de diez años que daría paso, acto seguido, a una devastadora plaga y a un colapso casi absoluto de la civilización. A pesar de ello, la situación acabaría dando un giro inmejorable con la instauración de una era de estabilidad y secularización planetarias, de mano de una anglófona «dictadura aérea». La religión sería así erradicada —el Islam sin mucha dificultad, simplemente asaltando La Meca; el judaísmo, por medio de pogromos y asimilaciones; y el catolicismo, tras algo más de lucha. (En cuanto a los evangelistas, Wells no reparaba demasiado en ellos)—. Para cuando el benévolo y magníficamente organizado Movimiento del Estado Moderno —dotado de una eficiencia prefigurada, si acaso, vagamente por las «ominosas dictaduras» de los años 30— hubiera gobernado durante un siglo, las viejas cuitas de la humanidad ya se habrían volatilizado. El Gobierno mundial, concluía Wells, «era, a todas luces, la única solución posible para el problema humano y, ahora, ha culminado su conquista de la humanidad».

Separados por una distancia de setenta años, *El esquema de los tiempos futuros*, de Wells, y *Dejados atrás*, de LaHaye, nos conducen por caminos opuestos. Si en el primero la catástrofe da paso al triunfo de la razón a través de un Estado mundial, en el segundo desemboca en el reino de Dios y en la derrota del anticristo. Mientras uno emana la confianza tecnocrática propia de la modernidad imperial británica de comienzos del pasado

siglo, segura de la capacidad del Gobierno y las instituciones para definir los problemas y ponerles remedio, el otro rezuma las ansias libertarias propias del interior americano durante el siglo xx, y advierte en el intervencionismo estatal [*Big Government*] la amenaza omnipresente del totalitarismo. Sin lugar a dudas, eran muchos quienes, en tiempos de Wells, encontraban sus ideas pasadas de rosca —tan descabelladas como pudieran resultar, a ojos de la mayoría de los americanos, helicópteros negros parlantes o un Nuevo Orden Mundial—. Y aun así, su descripción cuenta en lo esencial con suficientes visos de realidad. De una era que tenía fe en la idea de las instituciones internacionales, hemos pasado a otra en la que esta brilla por su ausencia.

La idea de un Gobierno supranacional al mando de la humanidad no es más que una versión extrema dentro de un abanico mucho más amplio de utopías seculares internacionalistas. Estas, encastradas en una red de esperanzas, fantasías y temores, imaginan un futuro mejor para la humanidad, al alcance de la comprensión y el poder humanos, y prometen su emancipación. Con el presente libro no pretendo exponer mi propia alternativa junto a las muchas otras versiones que de este sueño han venido apareciendo en los últimos dos siglos, como tampoco preconizar una de ellas por encima del resto. La intención de estas páginas es, más bien, explorar su evolución histórica, mostrar cómo algunas de ellas han alumbrado realidades a través de las instituciones que han inspirado, y preguntar, por último, qué queda hoy de ellas.

No nos hallamos, pues, ante una historia de las relaciones internacionales en general, por mucho que se tome como punto de partida un momento concreto dentro de la misma y se mire de reojo a dicha historia como disciplina. Tampoco se tratará aquí la noción de Gobierno mundial *per se* —el tipo de internacionalismo que H. G. Wells abrazaba—, pues la idea de un mundo regido por una única autoridad rara vez ha gozado de gran acogida. Mucho más influyente ha sido la creencia situada en el extremo opuesto, según la cual, alcanzar la armonía

internacional implica eliminar el Gobierno en la medida de lo posible y superar por completo el horizonte del Estado, sin más que dirigirnos hacia una suerte de batiburrillo pospolítico. En el siglo xix, desde comunistas hasta anarquistas, pasando por capitalistas de libre mercado y pacifistas, trataron de alcanzar por distintos medios esta meta compartida, cuya influencia se extiende hasta nuestros días. Así, emplazado entre esos dos extremos —de un lado, el gobierno total; del otro, la ausencia de gobierno—, el presente libro se propone contextualizar el auge y la caída de una forma intermedia de internacionalismo que triunfó durante buena parte del siglo xx mediante una actitud de cooperación organizada entre países miembros. En términos técnicos, una forma de intergubernamentalismo solo ligeramente alterada por instituciones supranacionales. Esta era la visión que tenían en mente, cada uno por su lado, Gorbachov y Bush padre. Una visión que sigue siendo determinante para nuestro mundo.

*

Este relato da comienzo durante los primeros compases del siglo xix, entre los diplomáticos de la Restauración europea a través de lo que, en cierto modo, constituyó el primer modelo de gobierno internacional: el cónclave entre grandes potencias conocido como Concierto europeo. Tras la derrota de Napoleón, los dirigentes continentales se reunieron de manera regular con el fin de evitar que cualquier otra potencia volviera a dominar el continente y sofocar la agitación revolucionaria antes de que esta desembocara en una guerra. Sin embargo, la lógica de tesis y antítesis no tardó en ponerse en marcha: si el Concierto suponía una respuesta a Napoleón, el internacionalismo, entendido a la manera decimonónica, constituía una respuesta al propio Concierto. De hecho, el mismo término «internacional» —acuñado por aquel entonces— encarnaba un programa de transformación y reforma radicales expresado a distintos niveles y por distintas vías, atravesado por la

creencia (tan ajena para nuestro actual modo de pensar) de que nacionalismo e internacionalismo marcharían de la mano para hacer del mundo un lugar mejor y más justo. Así, los internacionalistas, convencidos de poseer la clave del futuro, se definían a sí mismos tanto por su oposición a los despreciables diplomáticos conservadores, como por sus propias posiciones enfrentadas. Algunos, como Karl Marx, soñaban con una alianza obrera, al tiempo que otros, como Giuseppe Mazzini —que detestaba a este último—, confiaban en un mundo de naciones obra de patriotas republicanos. Los protestantes evangélicos se movilizaban en favor del hermanamiento del ser humano y apelaban al desarme universal. Periodistas y hombres de negocios reivindicaban el libre comercio y la expansión de la industria. Los científicos fantaseaban con la creación de lenguas universales, difusoras del saber técnico y responsables de grandiosos proyectos de ingeniería que unirían a la humanidad. Los anarquistas creían que el problema se hallaba en los Estados, de modo que fundaron una efímera internacional anarquista. Los juristas identificaron el problema en los políticos, y exhortaron a los Estados a poner fin a las guerras y a dejar que fueran el arbitraje o un tribunal internacional quienes resolvieran sus conflictos. Hacia finales de siglo, cuando hasta la policía secreta de Europa había empezado a organizarse internacionalmente con el fin de combatir el terrorismo, lo internacional se había convertido en un terreno de juego donde muy diversos grupos políticos e ideologías emplazaban sus miedos y anhelos.

Si el primer capítulo de este libro explora estos desarrollos, los siguientes se ocupan de esbozar lo acontecido desde la adopción del internacionalismo por parte de los poderosos artífices del nuevo orden mundial angloamericano. Ideas, estas, hoy insertas de modo inextricable en las políticas de poder; ideas que constituyen la mismísima savia de enormes organismos internacionales como la Sociedad de Naciones y la ONU debido, precisamente, a que este tipo de órganos, a diferencia de sus homólogos domésticos, no se desarrollaron de manera

gradual. Muy al contrario, su alumbramiento fue abrupto, y tuvieron en la guerra a su partera. Los comentaristas del período de entreguerras, fervorosos creyentes en las virtudes de las instituciones políticas desarrolladas de manera orgánica, entendieron que tales artificios e innovaciones constituían un desafío político, y argumentaron que, si la Sociedad de Naciones era capaz de imponerse sobre amplios sectores de la opinión mundial a través de los ideales que encarnaba, conquistaría entonces el tiempo suficiente para arraigar en el corazón humano tal como había ocurrido con los imperios. De este modo, desde el primer momento se hallaba inscrita en el ADN de los nuevos órganos internacionales la inevitable tensión entre los mezquinos intereses que las potencias perseguían con ellos y toda la retórica e ideales que orbitaban a su alrededor.

La pregunta fundamental que subyace en la creación de instituciones internacionales a partir de 1918 es por qué razón iba una gran potencia a sentir la más mínima necesidad de algo como la Sociedad de Naciones [SDN] —o el Comintern, o más tarde la ONU—. A fin de cuentas, Hitler desestimó la idea misma de organización internacional, y no faltaron actores políticos británicos y americanos que se mostraran de acuerdo con él al respecto. Los historiadores cuyos escritos celebran el internacionalismo como el ascenso gradual de una virtuosa conciencia comunitaria de tipo global no creen que valga la pena formular siquiera la pregunta. Lo mismo les ocurre a aquellos académicos cuyos escritos pretenden desenmascarar las instituciones internacionales, tachándolas de meras tapaderas para los intereses de las grandes potencias. No deja de ser cierto que estas últimas se muestran siempre reacias a dejarse atrapar, ya sea a través de las normas que impone el ser miembro de una institución, ya por medio del derecho, o de cualquier otro modo. Y, sin embargo, hay algo en el siglo xx que resulta llamativo: el hecho de que, ni en el caso británico ni, lo que quizá sea aún más reseñable, en el americano, la solución unilateral se haya acabado imponiendo pese a haber sucumbido a ella en ciertas ocasiones. Así, los

británicos lograron aceptar el internacionalismo en 1918 como un modo de salvar su imperio; los americanos hicieron lo propio para construir el suyo a partir de 1945. En otras palabras: a la larga, un decisivo núcleo de actores políticos de Whitehall y Washington entendió que estos nuevos medios para el ejercicio del poder proporcionaban incomparables virtudes y beneficios. Algo que resultaba especialmente pertinente en el caso estadounidense, cuyo afán por desplegar una nueva arquitectura internacional superaba con creces el de sus mentores británicos. Fue tomar parte en este proceso lo que volvió la globalización aceptable a ojos de los estadounidenses, siempre recelosos con respecto al degradado mundo exterior. Al mismo tiempo, la tarea de dirigir un órgano mundial de alcance universal no acarrea más que un riesgo coercitivo marginal, pues los EEUU eran capaces de combinar a las mil maravillas universalismo y excepcionalismo, redactando las normas de tal modo que sirvieran principalmente a sus intereses vitales y eximiéndose de aquellas que disgustaran a sus legisladores. Teniendo en cuenta que el resto de participantes quería contar con los EEUU casi a cualquier precio, este doble rasero se acabó tolerando.

Una vez constituidas, la ONU y sus agencias dotaron a las políticas americanas de legitimidad y alcance a cambio de un coste mínimo. Así, fue necesaria cierta inversión extraoficial de capital político, y organizar el control de los organismos internacionales y de sus plantillas pasó a convertirse —como lo sigue siendo a día de hoy— un problema político de primer orden. Por ello, cuando en 2009 tuvo lugar la filtración de un documento estadounidense que mostraba al diplomático japonés Yukiya Amano —a la sazón director general del Organismo Internacional de Energía Atómica [International Atomic Energy Agency]— asegurando de manera confidencial a su homólogo americano que «los EEUU podían contar con su firme apoyo en todas y cada una de sus decisiones estratégicas clave», lo único extraño fue la revelación pública de tales sentimientos, no así sus palabras.⁵ Pese a todo, los responsables políticos de Washington no deben

ser tenidos por hipócritas —dispuestos a predicar el universalismo como mera coartada para sus propios intereses—. Muy al contrario, la sinceridad ha sido el lubricante fundamental del mecanismo en su conjunto, el cual no habría podido funcionar de no haber sido por la extendida creencia, entre muchos de los principales afectados, de que los valores del liberalismo americano coincidían con los valores del mundo.

Tampoco es cierto que el resto de participantes se sometiera sencillamente a la voluntad estadounidense: una institución multilateral no es algo fácil de controlar para un solo Estado, como la historia de muchas de ellas nos demuestra. Desobedecerlas constituyó siempre el argumento unilateral más persuasivo contra las mismas, así como la razón principal que explica el distanciamiento americano respecto de la ONU durante los 70 y su posterior giro hacia el Banco Mundial, el GATT y el FMI. Sea como fuere, la virulenta emergencia del potencial global americano en su conjunto desde 1945 resulta inimaginable sin la labor coadyuvante y protectora de la plétora de instituciones internacionales surgidas en aquella época. En Europa, estas desempeñaron un papel relativamente menor durante los cruciales años de plena Guerra Fría —entre 1946 y 1949—, si bien adquirieron su sentido más cabal toda vez que el problema del comunismo se fue haciendo global. Durante dos fases en concreto, entre los años 50 y 60 —por medio del desarrollo—, y entre las décadas de 1980 y 1990 gracias a la economía neoliberal, los EEUU se enrolaron en organismos internacionales con el fin consolidar sus ambiciones globales. Unas ambiciones que excedían ampliamente las típicas inquietudes en materia de seguridad de toda gran potencia y buscaban ahora liderar la transformación radical de la sociedad. Al describir estos acontecimientos, he tratado de alejarme de los relatos institucionales tipo, al igual que de sus aburridas retahílas sobre heroicas pugnas burocráticas dentro de lo que se antoja una interminable maleza de comités y agencias. Resulta demasiado fácil, incluso para los historiadores, transmutar palabras, planes e intenciones, por hechos. En lugar de ello,

mi propósito ha sido el de conectar la aparición de las instituciones internacionales con las realidades del poder, mostrando además cómo y por qué algunos de los Estados más poderosos del mundo eligieron, durante el siglo xx, la vía de la cooperación internacional, con lo que esto significó para ellos y para el resto.

En la actualidad se formulan más, y más variadas, políticas globales que en ningún momento del pasado, de modo que el lector incauto se encuentra muy pronto dando tumbos en un escenario plagado de las herméticas siglas que pueblan la maraña burocrática. Existen, así, alianzas militares —tales como la OTAN o la UEO—; organismos intergubernamentales de corte clásico, desde la ONU hasta agencias especializadas como la OIT, la OACI, la Corte Penal Internacional, la OMS y el GATT; órganos regionales —como el Consejo de Europa, la Comisión Europea y las Organizaciones de los Estados Americanos y Africanos—; clubes posimperiales como la Mancomunidad de Naciones y la Organización Internacional de la Francofonía; cuasi entidades gubernamentales como la Unión Europea, y habituales conferencias cumbre como el G20. Todo ello, sin olvidar el vasto número de ONG de todo tipo, muchas de las cuales desempeñan hoy un papel más o menos formalizado en la elaboración de las políticas globales.

Aunque este panorama presente ya una abigarrada complejidad, se encuentra a punto de complicarse aún más. La continua innovación tecnológica transformará sectores esenciales de la vida internacional, tales como el funcionamiento de los mercados o la forma de librar las guerras. O algo todavía más fundamental: la era de dominio occidental de la vida internacional se acerca a su fin con rapidez y cobra forma un equilibrio global de fuerzas muchísimo más complejo. Mientras nuevos Estados como Brasil, India, Indonesia o China adquieren poder e influencia, desde posiciones privilegiadas tanto del segundo como del tercer mundo se exige, y se exigirá de manera cada vez más incuestionable, una reformulación del relato ofrecido hasta la fecha. Como punto de partida, me

he centrado, por tanto, en los actores europeo y americano en tanto que principales responsables de la creación del entramado institucional y conceptual del internacionalismo. En tiempos de una inmensa confusión acerca del propósito y la durabilidad de nuestras instituciones internacionales, tal vez una mejor comprensión del camino recorrido sea de alguna ayuda. Hoy, hasta el mismo vocabulario que empleamos para comprender nuestro lugar en el mundo es presa de ideas confusas y de premisas pobremente elaboradas. ¿Qué entendemos por «gobernanza» [*governance*]? ¿Quién habla en nombre de la «sociedad civil»? ¿Existe alguna ONG digna de tal denominación? La historia de la proteica idea de gobernar el mundo tal vez no proporcione respuestas definitivas para tales preguntas, pero sí puede darnos algunas pistas.

*

Este libro es, en muchos sentidos, mérito de la Universidad de Columbia. Probablemente no exista una universidad mejor pertrechada para reflexionar sobre la relación entre instituciones internacionales y poder nacional. Por si esto fuera poco, he tenido la suerte de contar con un grupo de compañeros y alumnos cuyo conocimiento del tema no tiene parangón en ningún otro sitio. Así, quisiera agradecer en primer lugar la inestimable ayuda de aquellas personas que tuvieron la generosidad de leer íntegramente el manuscrito: Michele Alacevich, Matthew Connelly, Marwa Elshakry, Nicholas Guilhot, Daniel Immerwahr, Martti Koskenniemi, Thomas Meaney, Samuel Moyn, Anders Stephanson y Stephen Wertheim. Asimismo, he aprendido mucho de la mano de Alan Brinkley —con quien impartí un curso muy gratificante—, Deborah Coen, Vicky de Grazia, Nick Dirks, Carol Gluck, Jean-Marie Guéhenno, Ira Katznelson, Greg Mann, Andy Nathan, Susan Pedersen, Rhiannon Stephens y Fritz Stern. Además, por su propio trabajo en este campo —incluidas algunas estimulantes conversaciones—,

estoy en deuda con algunos alumnos: Dov Friedman, Aimee Genell, Mira Siegelberg y Natasha Wheatley. Desearía expresar mi especial agradecimiento a Stephen Wertheim, no solo por sus rigurosas críticas, sino también por conversaciones iniciadas el mismo día en que vino a comprobar si le gustaba el departamento, y que espero se alarguen hasta mucho después de acabada su tesis. Por su apoyo en distintas facetas de tan desmedido proyecto, doy también las gracias a Elia Armstrong, Duncan Bell, Eyal Benveniste, Manu Bhagavan, Fergus Bremner, Christina Burnett, Bruce Burnside, Benjamin Coates, Saul Dubow, Michael Doyle, Jan Eckel, Edhem Eldem, François Furstenberg, Maurice Fraser, Paul Goodman, Michael Gordin, Greg Grandin, Cecilia Guevara, William Hagen, David Kennedy, Thomas Kelley, John Kelly, Daniel Laqua, Peter Mandler, Petros Mavroidis, Jeanne Morefield, José Moya, Timothy Nunan, Dan Plesch, Silvio Pons, Gwen Robinson, Carne Ross, Steve Shapin, Brendan Simms, Bradley Simpson, Fritz Stern, Gillian Tett, Nicholas Theocarakis, John Thompson, Yanis Varoufakis, Joseph Weiler y John Witt. Del mismo modo, por haberme dado la oportunidad de entablar debates propios de este libro con diversos públicos, mi agradecimiento a Helmut Berghoff, Halil Berktaş, Jim Chandler, John Coatsworth, Jonathan Hall, Stefan-Ludwig Hoffmann, Claudia Koonz, Thomas Laqueur, Jim Leaning, John McGowan, Gyan Prakash y Brigitta van Rheinberg, David Priestland, Susan Sutton y Adam Tooze.

Doy las gracias, con renovado aprecio por su brillante combinación de exigencia, paciencia y aliento, a mis editores Scott Moyers y Simon Winder. Como las doy asimismo, por su apoyo, al mejor de los agentes, Andrew Wylie. Me encontraba empezando a escribir este libro cuando murió mi padre, lo que se convirtió en una invitación para reflexionar acerca de los logros y actitudes propios de su generación. Quisiera, pues, expresar mi agradecimiento por su influencia, así como por el continuo apoyo de mi madre. Mi mayor deuda, infinita, es para

con Marwa Elshakry: a ella, y a nuestros dos hijos, Selma y Jed, les dedico, con mucho cariño, este libro.

Nueva York,
mayo de 2012

P R I M E R A P A R T E

L A E R A D E L
I N T E R N A C I O N A L I S M O